

# LA INTEGRACION DEL HIPPIE

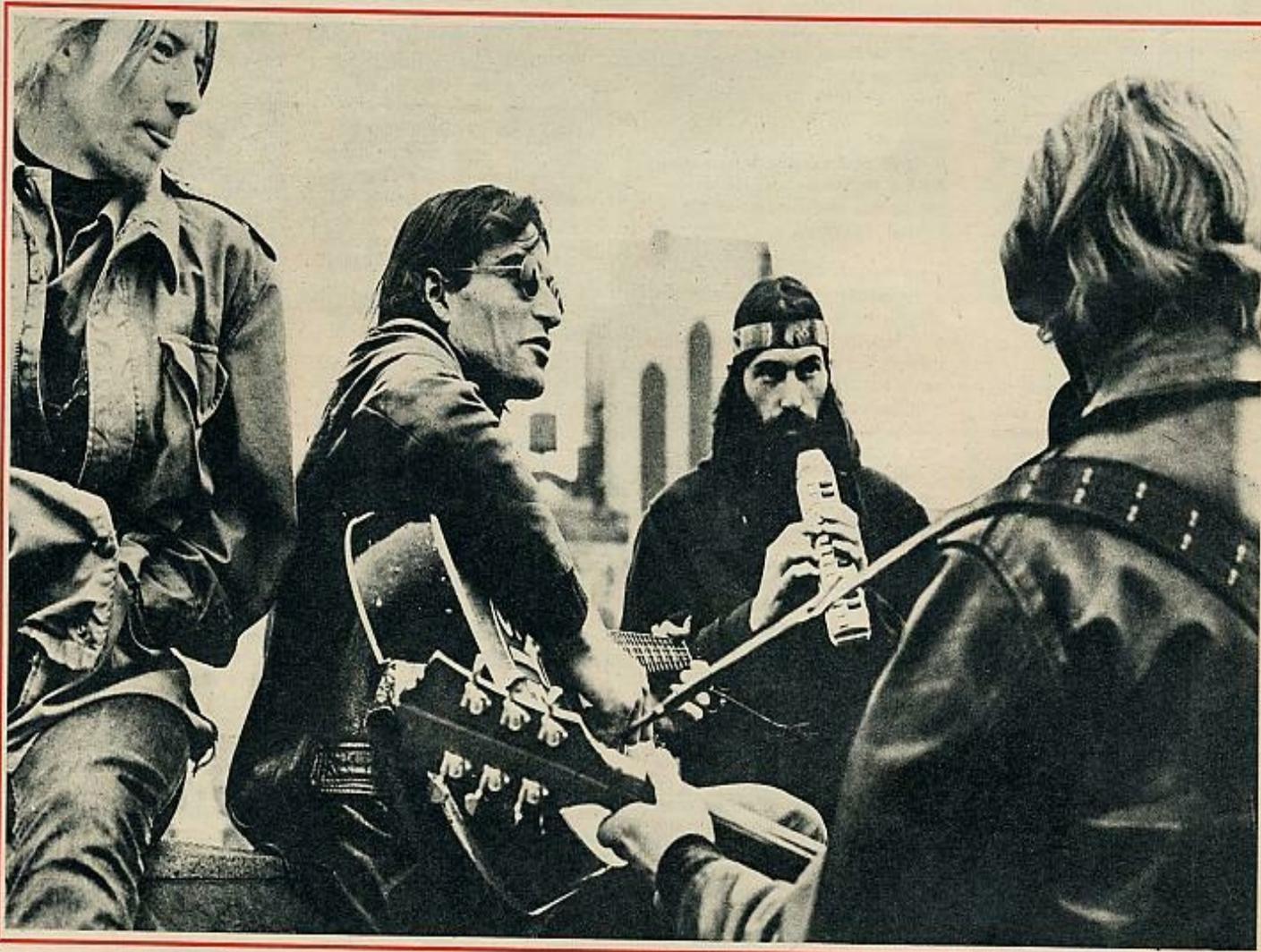
Los «hijos de las flores» se trasladan de los tugurios de la periferia a los salones burgueses

**H**AN pasado solamente dieciocho meses desde que San Francisco y los «hippies» eran sinónimos. No pasaba semana alguna sin que el barrio de Haight Ashbury fuese visitado por una troupe de cineastas o escritores famosos, por verdaderas nubes de fotógrafos venidos de todas las partes del mundo para ver y poder hablar de los «hijos de las flores». Se calculaban entre cuarenta y cincuenta mil los jóvenes y adolescentes que habitaban las casuchas colocadas entre Haight Street

y la Masonica Avenue para vivir de amor, de «hierba», de «ácido», es decir, de drogas y romanticismo. La policía se vio obligada a tomar en consideración planes de emergencia para la llegada de otros cien mil «hippies», pues, mientras tanto, por la Haight Street y las callejuelas adyacentes era ya imposible el tránsito. Continuamente llegaban coches de todos los estados de la Unión, autobuses cargados de turistas hasta tal punto temerosos que no se atrevían a recorrer a pie el famoso barrio.

Aún pueden leerse en las paredes de Haight Ashbury frases como «Acid is God» («El «ácido», el LSD, es Dios»), «Jesus was a Runaway» («Jesús era un fugitivo»). Pero los «pads», los apartamentos donde vivían los «hippies», amontonados con perros, gatos y niños, están ahora vacíos y, en ocasiones, sin puertas y ventanas. Han desaparecido las tiendas que vendían collares orientales e imitaciones de uniformes del ejército sudista, túnicas floridas o botones con slogans «hippies». Está cerrada la Me-

dical Clinica, en donde se ofrecía asistencia médica gratuita a todos, comidos y a los no drogados; desaparecido el Panhandle, donde los diggers distribuían diariamente centenares de comidas gratuitas así como el Switchboard, la oficina que buscaba alojamiento a los que no tenían donde dormir y aconsejaban a los que tenían algún problema con la policía. Ante los edificios abandonados por los «hippies» se ven ahora borrachos de miedos, «golfos» blancos y negros y alguna que otra prostituta; de lo



*Los orígenes inmediatos de los «hippies» tienen sus raíces, en parte, en las oficinas de los expertos de los medios de comunicación de masas, de la publicidad, de la moda... Se ponía en marcha el mito de una juventud en rebeldía que rompía todo lazo de unión con la situación vigente.*

Por **MAURO  
CALAMANDREI**

flower children no queda más que el recuerdo.

**Allen Ginsberg**

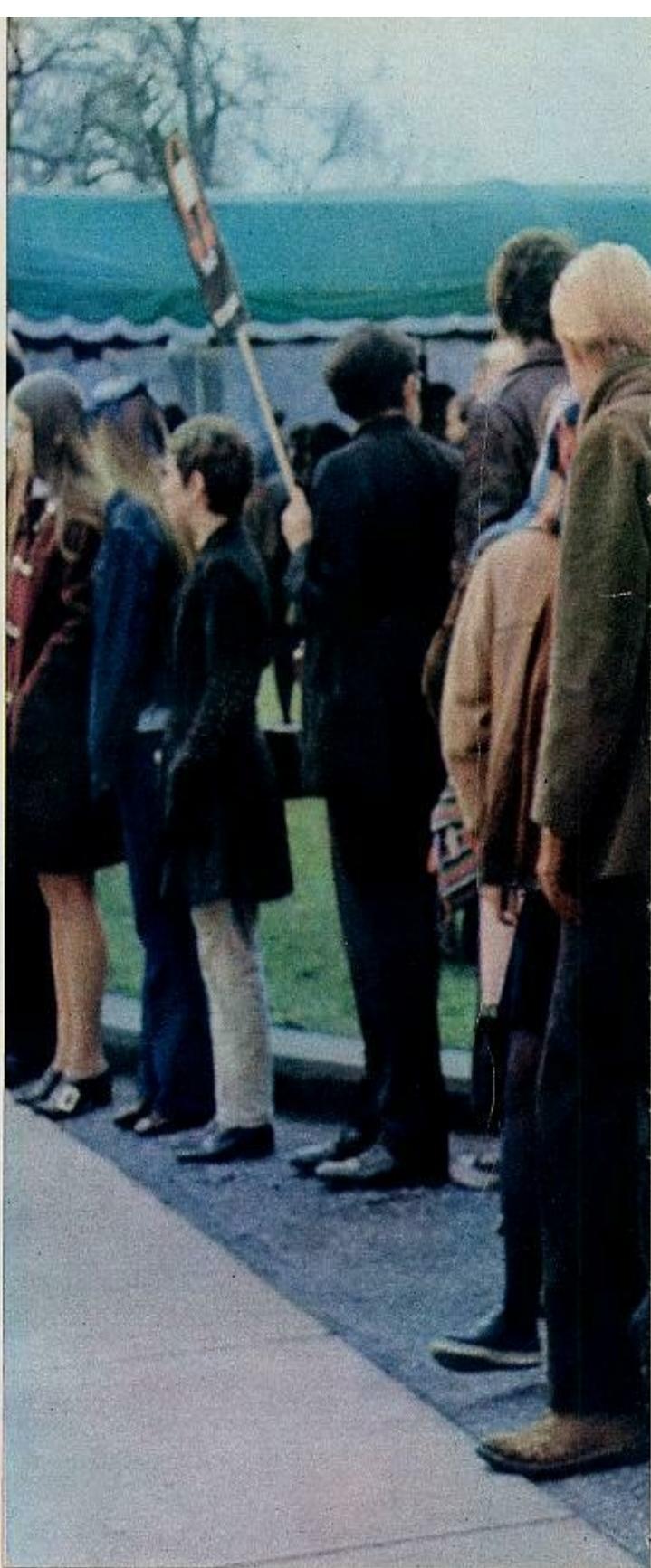
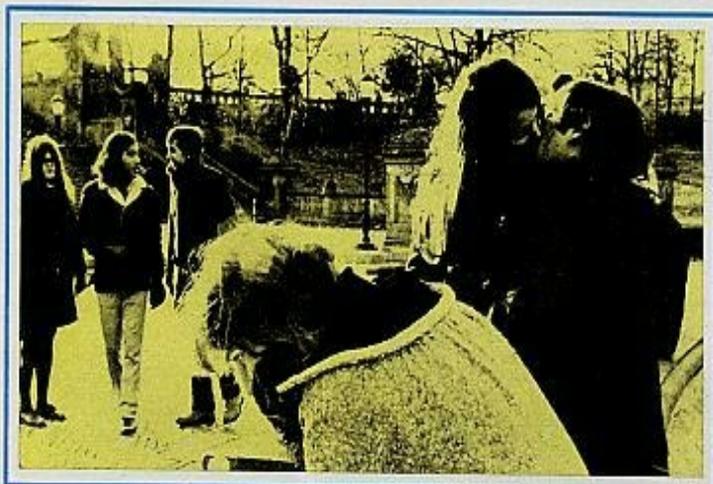
Las callejuelas grises y sucias cercanas a la Tompkins Square, en el bajo Manhattan, no están tan desiertas como las de Haight Ashbury, ya que los «hippies» de Nueva York no consiguieron, en ningún momento, desalojar de aquel barrio a los ucranianos, griegos, italianos, negros y portorriqueños que allí viven. Pero este último verano



*Hace apenas año y medio, casi cincuenta mil jóvenes habitaban en las casuchas de Haight Street, de San Francisco, y vivían la ilusión «hippy».*

## LA INTEGRACION DEL **HIPPY**

*Los «hijos de las flores» parecían los apóstoles de un mundo más auténtico, un mundo más poético, opuesto al inexorable mecanismo de la civilización industrial.*



ha pasado sin aquellos cantos fúnebres que duraban hasta el alba y sin el rítmico redoblar de los tambores y el humo del incienso. También aquí han cerrado las tiendas dedicadas a la venta de manifiestos psicodélicos, y las que siguen abiertas han cambiado de géneros. El teatro en el que Timothy Leary celebraba sus extraños cultos ha vuelto a los «programas dobles», y sería inútil buscar a aquellos juvenzuelos con flores pintadas en las mejillas y en la frente y de aspecto atónito como quien vive siempre

en una especie de beatitud artificial, en la frontera de la estupidez y el genio. ¿Por qué la desaparición de los «hippies»? ¿Han cambiado de uniforme o han emigrado tal vez?

De la fuga de los «hippies» de las ciudades ya se hablaba bastante en el verano del 67. Inspirándose en la secta que nació durante la revolución puritana inglesa, de la que tomaron el nombre, los diggers pensaban que para no ocuparse del mundo circundante había que retirarse a zonas agrestes e inclusive





**La mayor parte de los «hippies» no hablan roto los puentes con la sociedad de sus mayores. Vivían del dinero de sus padres. Algunos buscaban sinceramente una salida a la frustración del mundo que los rodeaba.**



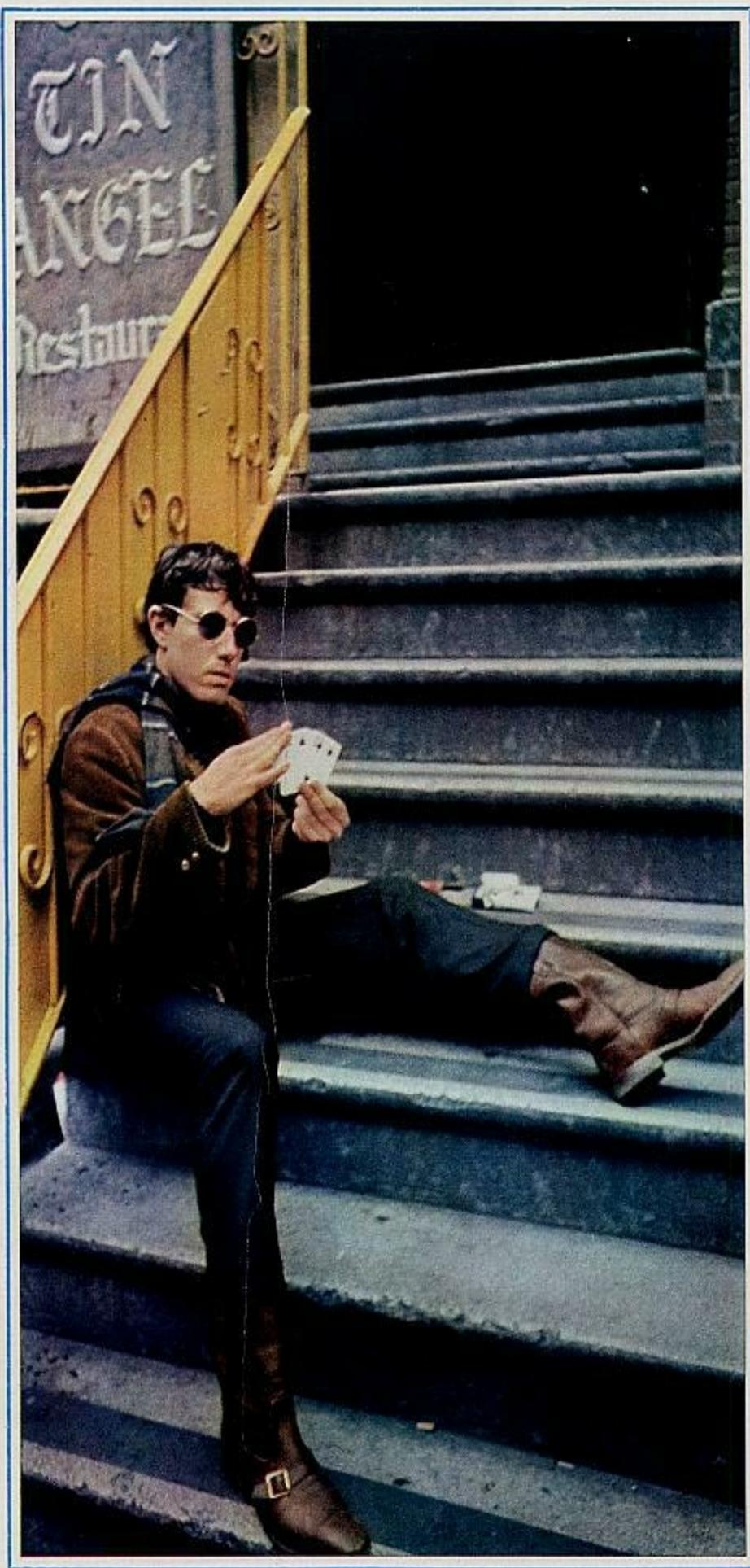
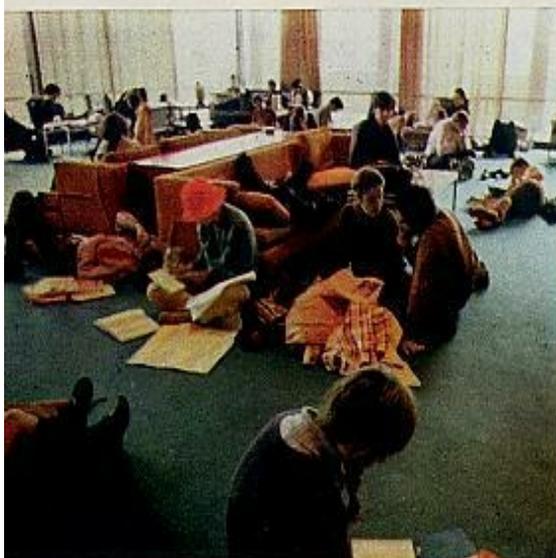
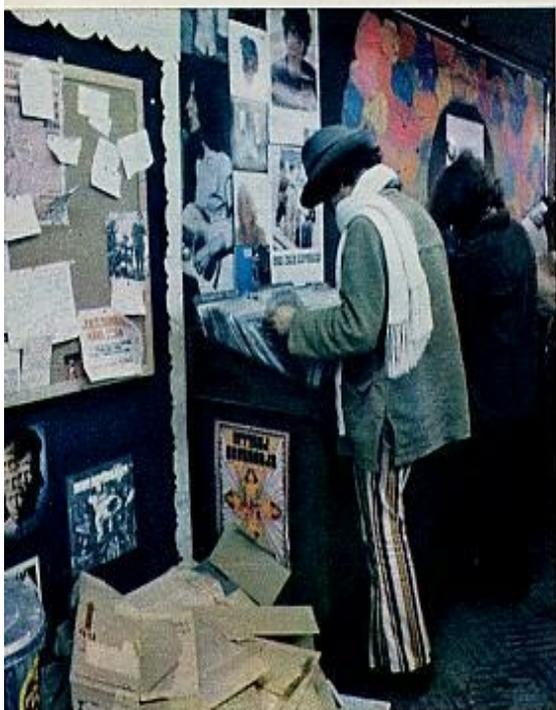
## LA INTEGRACION DEL **HIPPY**

*Aparte de las impurezas que el movimiento ha tenido, han sido desproporcionados los ataques que se les han hecho, los sambenitos que les ha colgado la sociedad «bienpensante».*



*El fenómeno de la dispersión en San Francisco comenzó cuando los «hippies» fueron involucrados en las páginas de sucesos, en algunos crímenes con fondo de LSD. Aquí empezaba quizá la descomposición del movimiento.*

*La industria comercializó el fenómeno «hippy» y unos ciertos símbolos traspasaron las fronteras de los grupos genuinos para servir precisamente a la misma sociedad de consumo que los «hippies» rechazaban en su ideario.*



Last Village

LA INTEGRACION DEL  
**HIPPY**

at not Sh



*Su reencarnación en el sector snob de la rica sociedad sofisticada revela hasta qué punto el comercialismo y la mala literatura estaban presentes en este movimiento.*



**Las tiendas que vendían collares orientales, imitaciones del ejército sudista, túnicas floreadas, botones con slogans, o corbatas psicodélicas, se van desplazando de los centros originales a zonas más conservadoras.**



## LA INTEGRACION DEL HIPPIE

al desierto. Una comunidad agrícola experimental fue efectivamente creada en Drop City, cerca de Trinidad, en el estado de Colorado. Al principio, los exiliados voluntarios hubieron de dormir en tiendas de campaña; posteriormente, con la ayuda de Buckminster Fuller y con materiales extraídos de viejos automóviles, construyeron cúpulas geodésicas. Pero el sueño de ver surgir cantenares de «drop cities» como aquella original no llegó a realizarse, a pesar de las tentativas de Ron Thelin, el organizador de la gigantesca procesión «hippy» del 6 de octubre del año pasado.

Los únicos sectores en los que aún se deja sentir la influencia «hippie» son los de la moda y la decoración de la sociedad chic. Decenas de «boutiques», en los barrios más elegantes de Nueva York, siguen vendiendo uniformes de la guerra civil y jarreteras surrealistas; en otras tiendas se venden incienso y decoraciones psicodélicas, velas y ceras perfumadas, joyas y collares de inspiración oriental. Parece ser que hacen negocio. La situación es cada vez más incierta en la industria de los «night clubs». Grupos «rock», como los Jefferson Airplanes y The Grateful Dead, han abandonado definitivamente San Francisco; en Nueva York, el «night club» Salvation está cerrado, y en el Electric Circus los negocios no van demasiado bien. Pero surgen nuevos locales como el novísimo Clebrum, en Brrome Street, que alguien ha definido como un «serrallo psicodélico», un colchón para la mente y una geisha-house para los secuaces de McLuhan.

Aparentemente eliminados como peligro social, los «hippies» son recibidos con brazos abiertos en el círculo restringido de la alta sociedad. Todo anfitrión que se respete debe invitar, junto a algún escritor famoso, a uno o dos «hippies». Las señoras mayores seguirán con sus trajes de noche negros y sus collares de perlas, y los caballeros todos con «smoking», pero en el centro de la sala, sentada en el suelo, habrá una muchacha vestida como un «clown», el pañuelo atado a la frente y una peluca leonina. Y entre dos barbudos vestidos con uniformes de suaves desertores, una preciosa rubia con blusa transparente y sin sostén. Es precisamente en los ricos salones intelectuales donde aún pueda uno encontrarse con pequeños grupos de «hippies» con flores pintadas en las mejillas y coronas en torno al cuello, con «blue-jeans» deshinchados a propósito y llenos de manchas de pintura.

Así es que los «hippies» están ya muertos y enterrados en el East Village y en Ashbury, en la Old Town, de Chicago y en el Sunset Boulevard, de Los Angeles. Y su reencarnación, en el sector «snob» de la rica burguesía sofisticada, revela hasta qué punto se mezclaban el sentido comercial y una mala literatura en este movimiento.



**El que hayan desaparecido los «hippies»  
no quiere decir que se hayan  
terminado los problemas que los originaron:  
ha pasado, simplemente, una moda.**

Y, sin embargo, los «hijos de las flores» parecían los apóstoles de un mundo más auténtico, un mundo poético, contrapuesto al inexorable mecanismo de la civilización industrial. Ciertamente que los «hippies» enlazan con corrientes intelectuales de sólida tradición. No deja de ser significativo el hecho de que uno de sus «gurus» más admirado fuese Allen Ginsberg, el mayor poeta y profeta del movimiento «beat», un hombre que no ha aceptado ningún compromiso con las hipocresías del llamado orden social para negar y rechazar los afanes inútiles de una sociedad que produce para consumir y que se esfuerza en consumir lo que produce.

### Tomad el «ácido»

También procedían de la experiencia «beat» otras figuras como Timothy Leary, que desde Harvard y luego Méjico introdujo la efición por las drogas alucinógenas, o Alan Watts, que tomaba prestado de Oriente su patrimonio espiritual.

Sin embargo, los orígenes inmediatos de los «hippies» son menos auténticos y tienen raíces en las oficinas de los expertos de los medios de comunicación de masas, de la publicidad, de la moda: gen-

te siempre en busca de la novedad, del sensacionalismo. La primera revista que descubrió el fenómeno «hippie» fue «Look», después vinieron «Life», «Time», «Newsweek» y, por último, las cadenas de la TV. Encuesta tras encuesta se difundió el mito de una generación en revuelta que rompía todo lazo de unión con la sociedad actual, que rechazaba toda injerencia en la misma y vivía sólo de la marihuana, del LSD, de las flores y del amor. Sin embargo, no era difícil mirar bajo el velo de esta mitología. De ese modo se podía descubrir que la mayor parte de los «hippies» no habían roto los puentes con la sociedad y que a veces se pagaban su existencia de «hippies» con el dinero de sus padres. Aparte de eso, había los ingenuos y las víctimas. Chester Anderson, un veterano de la contestación, publicó alarmantes boletines para demostrar que entre los «hippies» reinaban más el hambre, la enfermedad, las toxicomanías creadas artificialmente por individuos sin escrúpulos que la auténtica alegría. «En Haight Street, el estupro es tan frecuente como los excrementos —escribió Anderson en agosto de 1967—. Los negociantes creen que el «ácido» es la única respuesta válida; no les importan

los accidentes que pueda ocasionar. Creen que es el camino que va a Dios. «¿Os han forzado? —dicen— Pues tomad el «ácido» y todo se arreglará». «¿Os encontráis enfermos? Tomad el «ácido» y encontraréis la salud interior». No se dan cuenta de que son culpables de graves crímenes contra la humanidad, no se dan cuenta siquiera cuando las calles están llenas de agonía humana, de desesperación y de muerte, muerte, muerte».

Han sido los abusos de los narcóticos y sus terribles consecuencias los que han dispersado finalmente a las decenas de millares de «hippies». Los peores crímenes ocurrieron en San Francisco. Un muchacho de veinticinco años, con largos cabellos y barba rubia, fue muerto a cuchilladas en su apartamento psicodélico. Pocos días después fue hallado el cadáver de otro joven, de raza negra, metido en un saco que alguien había depositado en las rocas de Sausalito. La policía no tuvo dificultad alguna en localizar al asesino, que no sólo había conservado el arma utilizada en el crimen, sino también la mano derecha de la víctima. El mismo mes, otro «hippy», bajo influencias del LSD, después de haber proclamado su indestructibilidad, se arrojó contra un tren en marcha. Los cuatro jóvenes en cuestión eran consumidores o vendedores de droga. Pero el delito que sembró el terror entre los millares de jóvenes que todavía crecían en los ideales del «hippismo» fue el de Groovy y Linda, ocurrido en el East Village.

### Ha pasado una moda

Linda Rae Fitzpatrick era la típica «teen-ager» de buena familia y bastante inocente que un día deja el ambiente algononado de Greenwich (Connecticut) para probar la aventura «hippy» de la que tanto ha oído hablar. Una vez en la Tompkins Square no tiene la menor idea de cómo moverse o dónde protegerse. Entonces encuentra a Groovy, joven de veinte años, que aunque ha perdido su inocencia es lo suficientemente sensible como para experimentar simpatía y afecto por la recién llegada. Groovy la inicia poco a poco en el mundo «hippie» y en la droga. Un día la pareja entra en un local para comprar LSD; tres negros, bajo los efectos de la metedrina, tratan de violar a Linda; el muchacho pugna por defenderla. Al día siguiente alguien encuentra los cadáveres desnudos de Groovy y Linda. Ha habido otros actos de violencia, suicidio o muertes prematuras entre los consumidores de la droga, pero ninguno produjo tan fulminante efecto como el trágico fin de Linda Fitzpatrick.

El hecho de que hayan desaparecido los «hippies» no quiere decir que a los Estados Unidos se le hayan acabado los problemas o las alienaciones. Ha pasado, simplemente, una moda. ■ M. C. Fotos de nuestro enviado especial MARTINEZ PARRA.